

La diversidad como recurso. Producción artesanal chané destinada a la comercialización e identidad

BENEDETTI, CECILIA. 2014.
BUENOS AIRES: ANTROPOFAGIA.

 Natalia Castelnuovo Biraben*

El fomento de artesanías indígenas chané: ¿fortalecimiento de identidades o reproducción de desigualdades?

Lejos de lo que el título sugiere, *La diversidad como recurso. Producción artesanal chané destinada a la comercialización e identidad* es una obra que va mucho más allá de los estudios sobre artesanías indígenas argentinas. En este sentido, los debates respecto al lugar e interés que fueron adquiriendo estas artesanías por parte de diversos actores e instituciones, las políticas diseñadas en pos de promover el fomento artesanal y los procesos de patrimonialización aparecen como el telón de fondo sobre el que emergen una serie de problemáticas entrelazadas que se vuelven centrales en el estudio: la discriminación, la pobreza y el desarrollo. De ahí que las artesanías son el puntapié inicial a partir del cual formularse nuevas preguntas respecto a viejos tópicos: ¿en qué medida es posible proyectar a la producción artesanal como una vía privilegiada para el desarrollo económico local? ¿De qué forma estas producciones fortalecen identidades o, por el contrario, actúan como una fuente de estigmatización y discriminación? Estos y muchos otros interrogantes encuentran respuesta a lo largo del libro. La adopción de un enfoque antropológico que contempla el entramado de relaciones interétnicas configurado históricamente constituye una gran contribución para entender la articulación entre producción artesanal y la identidad indígena.

Desde la década del noventa como consecuencia de la visibilidad adquirida a partir de una serie de reformas jurídicas que reconocieron la diversidad cultural, en varios países latinoamericanos –y de las políticas neoliberales que trajeron aparejadas un acelerado crecimiento de la pobreza y marginalidad– las políticas indigenistas también sufrieron una serie de modificaciones orientadas a dejar atrás las antiguas políticas asimilacionistas que caracterizaron los ochentas. El hecho de que los pueblos indígenas fueran (y continúen siendo) uno de los grupos con mayores índices de pobreza llevó a que muchos identificaran que la solución vendría de la mano de la implementación de políticas de ‘etnodesarrollo’, ‘desarrollo con identidad’ o de valorización de lo ‘local’.

* Doctora en Antropología Social por la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (UBA). Becaria Posdoctoral, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Correo electrónico: naticastelnuovo@gmail.com

Al menos este fue el caso de varios organismos estatales, agencias de cooperación y organizaciones no gubernamentales latinoamericanas que vieron en una diversidad de programas y proyectos una estrategia para paliar la situación de desempleo y en otros casos también para fortalecer procesos organizativos locales y acompañar reivindicaciones de distinto tenor. Dentro del abanico de acciones pergeñadas desde estos ámbitos, las manifestaciones y bienes culturales de los pueblos indígenas capturaron la atención de algunos que vieron en ellos un gran “potencial” para “insertar” a estos grupos en “los mercados globalizados”, tal es el caso de agencias de cooperación como el Banco Mundial.

Es precisamente en estos debates que se enmarca el estudio que nos acerca Benedetti, cuando se propone explorar los “efectos” que tiene el desarrollo con ‘identidad’, en el sentido de la promoción y revalorización de la producción artesanal indígena y local, para los actores que llevan adelante este tipo de emprendimientos. En otras palabras, ¿qué sentidos y valores asocian los indígenas chané de la comunidad de Tutiay (Campo Durán) a la producción de artesanías? Y es aquí cuando la autora propone que para comprender las contradictorias miradas que emergen respecto a esta producción es preciso atender a los procesos y transformaciones económicas que se dieron en el noroeste y en particular en el Departamento General San Martín y que fueron resignificados re/imprimiendo relaciones de desigualdad entre indígenas y no indígenas. Así mientras que en la actualidad el trabajo en los complejos hidrocarburíferos de la zona (de petróleo y gas) incluso en paupérrimas condiciones laborales es connotado positivamente, el trabajo con artesanías es percibido tanto por los chané como los criollos de la zona como marca de la alteridad ‘india’. Este marcador de su posición subordinada, en tanto fuente de reproducción a nivel local de imágenes estereotipadas y estigmatizadas del indígena como ‘vago’, ‘sucio’, ‘holgazán’, por otro lado refuerza una imagen esencializada y romántica del indígena en términos de guardián de la naturaleza.

De este modo, las ‘buenas intenciones’ de las organizaciones no gubernamentales de origen foráneo abocadas a la valorización de lo “tradicional” y “auténtico” de “la cultura indígena” a través de la promoción de artesanías no sólo entran en contradicción y tensión con aquello que los propios indígenas perciben como trabajo digno, con su temprana

experiencia de incorporación al desarrollo del capitalismo regional y con la visibilidad de su pertenencia étnica, sino que además alimentan (sin proponérselo) representaciones de inferioridad y pobreza respecto de este grupo y conflictos intergeneracionales. Así la asociación natural con las artesanías que algunos actores promueven y que los jóvenes chané rechazan por percibirla como sinónimo de ‘atraso’, es vivida por los más ancianos como una fuente de ingreso y de valorización de conocimientos y prácticas tradicionales. Esto no impide, como sostiene la autora, que en los procesos identitarios promovidos por la producción artesanal se recreen mecanismos de discriminación y prejuicios hacia los pueblos indígenas respecto de otros grupos como los chaqueños, con quienes comparten similares condiciones de vida en términos de pobreza. No obstante, lo cierto es que son muchas las familias indígenas de Campo Durán que combinan la producción artesanal con el trabajo asalariado dentro de las empresas hidrocarburíferas de la zona, siendo ambas sus principales actividades económicas. Esa diversidad de modalidades económicas que caracteriza las unidades domésticas está minuciosamente descrita en las páginas que nos acerca la antropóloga, permitiendo al lector aproximarse a ese mundo en el que conviven distintas formas de ser y hacer artesanía –‘los artesanos’ y ‘los que hacen artesanías’ (ocasionalmente)– y diferentes mecanismos de legitimación de esos procesos y modalidades productivas desde la lógica mercantil, de acuerdo a criterios estéticos e intereses de grupos sociales dominantes que establecen qué bienes se corresponden con su representación de lo entienden una cultura indígena debe ser. Del peso y papel que juegan estos agentes de desarrollo se desprende que prácticas ligadas a las identidades étnicas que en algún momento fueron vistas como un ‘obstáculo’ pasen a ser consideradas una fuente de ‘progreso’. Y en este sentido en cómo el patrimonio puede convertirse en un “recurso económico” conllevando, en ocasiones, a la exaltación y la exotización de su indigeneidad. El hecho de que algunos bienes y prácticas ligadas a la identidad cultural de determinados grupo sociales sea fomentado a partir de su potencialidad económica nos evoca lo señalado por Yúdice cuando sostiene que a tal

punto la cultura ha pasado a convertirse en un recurso en el cual se “invierte” que muchas agencias de cooperación vieron que la cultura material y expresiva eran recursos desestimados en los países en vías de desarrollo con potencial para generar ingresos por medio del turismo, las artesanías, entre otras actividades culturales. Sus palabras ponen el foco de atención en aquello contundentemente colocado en el título de la obra y que es que ‘la cultura’ y ‘diversidad’ no sólo no pueden ser entendidas como una cosa porque se han politizado, sino además porque se ha convertido en un ‘recurso’ económico desde el cual diversos actores diferencialmente posicionados apelan en función de sus intereses, avalando diversas agendas:

... la cultura se invierte, se distribuye de las maneras más globales, se utiliza como atracción para promover el desarrollo del capital y del turismo, como el primer motor de las industrias culturales...” (2008: 16). (...) Cabría aducir que la cultura se ha convertido simplemente en un pretexto para el progreso sociopolítico y crecimiento económico, pero aún si ese fuera el caso, la proliferación de tales argumentos en los foros donde se discuten proyectos tocantes a la cultura y el **desarrollo locales**, en la UNESCO, en el Banco Mundial y en la llamada sociedad civil globalizada de las fundaciones internacionales y de las organizaciones no gubernamentales, han transformado lo que entendemos por el concepto de cultura y lo que hacemos en su nombre. En rigor, cuando poderosas instituciones, comenzaron a percibir que la cultura constituía una esfera crucial para la inversión, se la trató cada vez más como cualquier otro recurso. (Yúdice, 2008: 23-24) [El destacado me pertenece]

Referencias

- » YÚDICE, George. 2008. *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.